

DOCUMENTOS

La nueva política de industrialización

El 27 de junio, el candidato del Partido Revolucionario Institucional a la Presidencia de la República, Lic. Luis Echeverría, dirigió en Naucalpan de Juárez, Edo. de México, un discurso cuyo contenido merece análisis detallado no sólo por el hecho de que ahí se recogen y sintetizan tesis progresistas que marcan un cambio importante en la vida futura de nuestro país, sino porque por primera vez se presenta una tesis unitaria en cuanto a política industrial se refiere.

El reconocimiento de que la economía mexicana ha avanzado y se ha transformado gracias al impulso inicial que le diera el gobierno, implica el establecimiento de una tesis básica para nuestro futuro desarrollo: la economía mexicana es un sistema mixto donde el gobierno asume la responsabilidad de la dirección. "Decisiones políticas fundamentales del Estado mexicano, como lo fueron la destrucción del latifundio, la nacionalización de nuestros recursos básicos, la construcción de obras de infraestructura, la creación de un mercado interno mediante la liberación del campesino y la protección del obrero, la extensión del sistema educativo, la mejoría de la salud pública, la organización del crédito y los apoyos y estímulos concretos que se han otorgado a la inversión, han hecho posible la etapa en que hoy nos encontramos".

Con este enunciado, simultáneamente se configura la filosofía social de la Revolución Mexicana: "Estoy convencido de que nuestro progreso debe apoyarse en el incremento de la capacidad de consumo de los sectores mayoritarios del país, cuya demanda efectiva habrá de constituir, a un tiempo, la causa y el efecto del impulso industrial".

Todo proceso de industrialización conlleva beneficios que, en muchas ocasiones, generan una concentración de ingreso que a la larga termina con el propio proceso que le diera lugar. Y como lo demuestra la experiencia histórica, la única posibilidad de "construir, sobre bases sólidas el futuro de México, es fortalecer los mecanismos de justicia distributiva".

En lo que se refiere al estado actual de nuestra industria, desde hace mucho tiempo se venía haciendo patente la necesidad de modificar el sistema de protección a la industria que, habiendo dado resultados extraordinarios, también dio lugar a deficiencias en algunos sectores, donde no ha sido factible obtener calidades a precios de competencia internacional; por ello, al proteccionismo habrá de otorgársele un sentido de actualidad para nuestro país.

"Los países más avanzados protegen ciertas actividades básicas y manufactureras, pero esta política no puede tener el mismo contenido y alcance cuando se trata de acelerar la sustitución de importaciones que cuando el propósito es incrementar la productividad".

El enfoque integral de los problemas nacionales no puede contener planteamientos que hagan descansar el desarrollo económico, político y social en unos cuantos.

"Todos somos solidarios en la obra de engrandecer a México. Aquellos que más poseen están obligados a dar más, porque la propiedad tiene un sentido social en el orden revolucionario mexicano".

Bajo la dirección del Estado habrán de realizarse las tareas estratégicas de nuestro progreso, pero necesariamente habrá de compartirse la responsabilidad con todos los sectores de la ciudadanía, sin que ahí quepan egoísmos. En este orden de ideas consideramos en extremo importante que se conciba al trabajador más que como un simple instrumento del aparato económico: "Reitero que la multiplicación de empleos no debe hacerse a costa de la dignidad de los trabajadores. La moral revolucionaria de México nos impone, como deber, técnicas apropiadas a nuestro desarrollo, el estricto cumplimiento del orden constitucional y la decidida promoción de la clase obrera mexicana".

La importancia de estas tesis deriva de que se concibe a la Revolución Mexicana como un proceso que no persigue simplemente la transformación externa del aparato productivo, sino como un proceso de

auténtico contenido humanista que, en esta época de tan exagerado pragmatismo, habrá de imprimir una nueva orientación a nuestras instituciones sociales, para hacerlas más acordes con el nuevo grado de desarrollo económico, político y social del México actual.

El Presidente del Instituto

TODOS SOMOS SOLIDARIOS EN LA OBRA DE ENGRANDECER A MEXICO INDUSTRIALIZACION CON JUSTICIA SOCIAL *

Lic. Luis Echeverría A.

Compatriotas y amigos: unas cuantas décadas de esfuerzo sostenido han bastado para probar que los mexicanos teníamos razón, cuando decidimos convertirnos en una nación industrializada. Hemos desmentido con hechos las profecías de quienes vaticinaban que nuestro destino económico sería, fatalmente, el de proveedores de materias primas. El futuro que se nos reservaba, no era sino fruto negativo de actitudes colonialistas, a pesar de las cuales, México está consolidando su independencia económica.

Al progreso industrial debemos en gran medida nuestro ritmo de crecimiento y el cambio que se ha operado en la mentalidad y en la forma de vida de millones de compatriotas. México ha transitado, en pocos años, de un pretérito casi exclusivamente agrícola y extractivo —que era símbolo de nuestra dependencia y nuestra miseria— a un presente dinámico, en que la diversificación del sistema productivo, anuncia para todos la conquista de superiores etapas de bienestar.

Esta transformación es obra de nuestro desarrollo revolucionario. Decisiones políticas fundamentales del estado mexicano, como lo fueron la destrucción del latifundio, la nacionalización de nuestros recursos básicos, la construcción de obras de infraestructura, la creación de un mercado interno mediante la liberación del campesino y la protección del obrero, la extensión del sistema educativo, la mejoría de la salud pública, la organización del crédito y los apoyos y estímulos concretos que se han otorgado a la inversión, han hecho posible la etapa en que hoy nos encontramos.

El proceso de industrialización nos ha permitido aprovechar, con mayor beneficio para el país, los recursos humanos y materiales de que disponemos. El producto nacional se ha incrementado de manera constante y es cada vez mayor por el volumen de bienes y servicios a nuestro alcance, porque nuevas formas de actividad económica han multiplicado el rendimiento del trabajo. Al transformar los recursos naturales, disminuimos nuestra dependencia del extranjero, se aumenta el ingreso de los mexicanos y se modernizan las estructuras sociales.

MULTIPLICACION DE FUENTES DE TRABAJO

En todas las regiones visitadas he recogido la misma aspiración: que se multipliquen las fuentes de trabajo y que éstas sean más remunerativas. En todas partes me han dado a conocer similares proyectos: transformación de los productos rurales para elevar la vida de los campesinos, centros fabriles que atraigan inversiones y técnicas para acelerar el progreso, polos de desarrollo industrial que satisfagan las legítimas ambiciones de cada una de las entidades de la República.

A pesar de las enormes carencias que aún padecemos, en todo el país se contempla el futuro con optimismo. Al conversar con mis compatriotas he comprobado que las penurias y las inconformidades no se reflejan en resentimientos, sino por el contrario, en una actitud más resuelta de superación. El pueblo me ha transmitido su fe en el porvenir y lo he alentado para que marchemos unidos a la conquista de metas más satisfactorias. El espíritu que ha caracterizado mi campaña está presente en esta reunión, a la que nuestro partido los ha convocado para analizar los problemas específicos de la industria, a fin de señalar las soluciones más adecuadas en bien de México.

* Palabras dirigidas a la Reunión Nacional para el Estudio del Desarrollo de la Industrialización, el 27 de junio de 1970, en Naucalpan de Juárez, Edo. de México.

DESARROLLO INTEGRAL Y JUSTO

He escuchado con la mayor atención sus valiosos trabajos e intervenciones. Han trazado ustedes un cuadro muy completo de los factores que concurren en la industrialización del país y de los obstáculos que habremos de vencer para que continúe avanzando.

Me satisface profundamente que se hayan estudiado estos problemas dentro de la realidad nacional en su conjunto, porque me han ayudado a precisar el papel que le corresponde a la industria en la tarea de un desarrollo integral, equilibrado y justo.

En diversas formas he dicho que no podemos aceptar, y que no serían viables, modelos de crecimiento que prolonguen por más tiempo la pobreza de las mayorías. No creemos en un proceso de industrialización que se realice a espaldas del pueblo, ni tampoco aceptamos que la etapa inicial del desarrollo, la acumulación de capital y el crecimiento del producto, propicien bajos ingresos a los grupos más numerosos de la población.

Estoy convencido de que nuestro progreso debe apoyarse en el incremento de la capacidad de consumo de los sectores mayoritarios del país, cuya demanda efectiva habrá de constituir, a un tiempo, la causa y el efecto del impulso industrial. Me satisface comprobar que los empresarios más responsables y dinámicos del país estén totalmente de acuerdo con la necesidad de fortalecer los mecanismos de justicia distributiva para construir, sobre bases sólidas, el futuro de México. Con ello demuestran su patriotismo como promotores modernos de la actividad económica.

La industria cuenta, en primer término, con el mercado que crea su propia derrama de salarios y prestaciones. Para que el trabajador no sea un simple instrumento del aparato económico, debe estar en condiciones de disfrutar los satisfactores y los servicios que genera la actividad industrial. Reitero que la multiplicación de empleos no debe hacerse a costa de la dignidad de los trabajadores. La moral revolucionaria de México nos impone, como deber, técnicas apropiadas a nuestro desarrollo, el estricto cumplimiento del orden constitucional y la decidida promoción de la clase obrera mexicana.

Rechazamos las tesis de quienes piensan que primero debemos crecer, para luego tener que distribuir, y proclaman que la acumulación acelerada de capital debe fundarse en el aprovechamiento ilimitado de mano de obra mal remunerada. Nuestra política no puede dirigirse, exclusivamente, a estimular las inversiones para que aumenten las oportunidades de trabajo, que pueden serlo también de explotación. Si así lo hiciéramos, acabaríamos retrocediendo a nociones y prácticas económicas propias de siglos anteriores, porque favoreceríamos una tendencia hacia la concentración del ingreso por mano de obra abundante y capacidad productiva limitada. La revolución nos señala el camino del desarrollo que no es, ni ha sido nunca, crear a todo trance más riqueza, independientemente de su destino, sino crear, ante todo, bienestar y mayores oportunidades.

LA DEMANDA DE LAS MAYORIAS

Nuestra meta inmediata será el incremento de los niveles de ingreso y de las aptitudes para el trabajo de los mexicanos, en particular de los campesinos. Mientras no obtengamos resultados más consistentes en esa dirección, la industria difícilmente alcanzará la mejoría cualitativa que exige nuestro desarrollo. Mientras no se amplíe sustancialmente, la demanda de las grandes mayorías, permanecerán al margen de la economía de mercado.

El proceso de industrialización se vería limitado por los eventuales estímulos que provengan del exterior y por la satisfacción de una demanda reducida que no corresponde a nuestra potencialidad económica.

Las reducidas posibilidades de compra de los grupos más numerosos de la población y la presencia de una afección adquisitiva en los sectores minoritarios, hacen coexistir un mercado restringido de bienes y servicios populares con un dinámico mercado de bienes suntuarios. A nadie escapa que una situación de

tal naturaleza, provoca deformaciones en la producción y contrastes en la convivencia social.

LA REVOLUCION TECNOLOGICA

No dejaré de insistir en las perjudiciales consecuencias que entraña el fomento interesado de actitudes imitativas por las que adoptamos hábitos de consumo superfluo, característicos de sociedades que poseen un alto nivel de desarrollo. Debemos llegar a la etapa industrial por el camino del avance tecnológico y del bienestar generalizado. Antes que promover consumos innecesarios, debemos aprender a mejor producir y compartir aquello que nos es indispensable.

El programa de sustitución de importaciones, eje de la industrialización, ha dado magníficos frutos. Producimos la mayoría de los bienes que se consumen en el país, con lo que hemos reducido nuestra dependencia respecto del exterior, favorecido nuestra balanza de pagos y proporcionado ocupación a miles de compatriotas. Nos enfrentamos ahora a una etapa más difícil de nuestro progreso industrial. Entramos de lleno a un período de innovación, en el que habremos de crear bienes de capital, fabricar productos más competitivos para los mercados externos, diseñar métodos de producción que permitan un empleo intensivo de mano de obra e integrar plenamente la industria a las actividades primarias y a las necesidades regionales. Ninguno de estos propósitos será asequible si no emprendemos una revolución tecnológica.

Si bien es cierto que la demanda de bienes de consumo intermedio está casi totalmente satisfecha por la oferta doméstica, también lo es que la evolución misma de la industria genera necesidades crecientes en la adquisición de patentes, asistencia técnica, maquinaria y equipo que nos permitan continuar impulsando nuestro progreso. Estos requerimientos pueden ser, durante un período prolongado, mayores que nuestra capacidad de exportación, con lo que la escasez de divisas nos podría colocar ante la alternativa de frenar la industrialización. De ahí la trascendencia económica que reviste el fortalecimiento del sector agropecuario y el incremento de la productividad general para la ampliación de nuestro mercado externo.

He insistido, a lo largo de esta campaña, en la importancia que tiene para la afirmación de nuestra independencia económica, reducir la disparidad tecnológica que nos separa de las naciones más avanzadas. He aludido al colonialismo científico como una forma de dominación y como un factor limitante para el progreso autónomo del país y he invitado a todos mis compatriotas para que, por el cambio de nuestras estructuras mentales, por una reforma educativa integral, por la creación de una infraestructura científica y tecnológica y por la adaptación creativa de conocimientos útiles, alcancemos una etapa superior de nuestro desarrollo.

NORMAS MAS ALTAS DE RACIONALIDAD ECONOMICA

Hemos superado el momento de la industrialización y el proceso de sustitución de importaciones, que nos obligó a producir los bienes que requerimos, mediante el concurso de fábricas incipientes, de baja intensidad de capital y escasa tecnología. En esta época no tiene ya sentido que perduren sistemas de producción cuyos altos costos tienden a compensarse con el pago de bajos salarios a los trabajadores y cuya deficiente calidad lesiona los intereses legítimos del consumidor. En última instancia, es el pueblo de México el que soporta la carga de las industrias ineficientes. Es imprescindible que nuestras empresas alcancen, en los menores plazos, normas más altas de racionalidad económica.

Si nuestro propio mercado no se conforma ya con productos de calidad dudosa, menos aún pueden tener aceptación en los principales centros de consumo mundial. Para no incurrir en lamentables desperdicios de recursos y poder competir con los bienes que se generan en cualquier país, es menester incrementar la productividad. La empresa moderna no es obra de la improvisación. Exige aplicar nuevos métodos administrativos, una actitud abierta a la innovación tecnológica y valorar la importancia de los

recursos humanos.

Será preciso continuar revisando el sistema de protecciones con que el poder público ha rodeado a la actividad industrial. Los países más avanzados protegen ciertas actividades básicas y manufactureras, pero esta política no puede tener el mismo contenido y alcance, cuando se trata de acelerar la sustitución de importaciones que cuando el propósito es incrementar la productividad. En éste, como en otros campos, la actividad gubernamental estará invariablemente dirigida a la consecución de las metas prioritarias de nuestro desarrollo. Las medidas proteccionistas deben fortalecer la industria, pero no subsidiar la ineficiencia ni propiciar la injusta acumulación de la riqueza.

Sabemos que la diferencia, en muchos casos, entre precios internacionales y precios internos, no es sólo fruto de las limitaciones del mercado, que dificultan la especialización y aumentan los costos. Subsisten numerosas empresas marginales, cuyos métodos de producción no satisfacen los requisitos mínimos de eficiencia que exige su actividad. Obtienen, sin embargo, satisfactorios rendimientos porque no afrontan una auténtica competencia. Las facilidades que se les han otorgado no redundan en mejores salarios para los obreros, ni en mayor captación de recursos para el estado, ni en alicientes para el avance tecnológico, sino en ganancias exorbitantes para algunos, amparados por el régimen de protección.

Las modalidades de un sistema proteccionista no pueden ser independientes de una política económica global ni de los objetivos sociales del desarrollo. Tampoco deben concederse indiscriminadamente y sin limitación de tiempo. Su otorgamiento ha de fundarse en el análisis de los períodos de maduración de los diversos tipos de empresas, en el cumplimiento de requisitos básicos en su estructura productiva y en la valoración de los efectos que puedan repercutir en favor de una región o del país en su conjunto. Las protecciones deberán retirarse en la medida que las empresas no muestren aptitudes para satisfacer las finalidades para las cuales les fueron otorgadas.

LA JUSTA DISTRIBUCION DE LA RIQUEZA

No podemos concebir el fomento industrial exclusivamente como un sistema de abstenciones o de prohibiciones. Para que el desarrollo sea auténtico y durable, debe fortalecerse en su base misma. Nos interesa mejorar las condiciones reales que favorecen la inversión, por la ampliación de la infraestructura, por la mejoría de la salud pública, por una labor educativa orientada hacia el progreso, por una política científica a largo plazo y por trasferencias de recursos a los sectores necesitados. Al mismo tiempo, habremos de fortalecer las empresas oficiales que cubren áreas estratégicas de nuestro desarrollo, ya sea porque proporcionan servicios públicos indispensables, porque extraen y transforman nuestros recursos básicos o porque suplen las deficiencias de la iniciativa privada, cuando ésta no puede crear suficientes fuentes de empleo o no puede acudir en apoyo de las regiones más atrasadas.

El crecimiento demográfico del país y sus exigencias de modernización plantean la necesidad de ampliar las bases de financiamiento del sector público. Sin un aumento sustantivo de los recursos del estado mexicano y sin el crecimiento de sus organismos de promoción perderíamos, en breve plazo, la dinámica de nuestro progreso y el espíritu social de nuestras instituciones. Es imprescindible una acción oficial más decidida en la captación del ahorro interno, una contribución más proporcionada de todos los sectores en el sostenimiento del gasto público y vigorizar los sistemas de solidaridad y de cooperación que hacen autofinanciable la obra social.

El concepto de desarrollo es inseparable de la noción de equilibrio. Los datos cuantitativos de carácter general con que frecuentemente se miden nuestros avances económicos, no reflejan, por desgracia, la situación por la que atraviesa el país. México genera mayor riqueza que hace unos años, pero habría que preguntarnos a quiénes ha favorecido primordialmente ese progreso y qué debemos hacer para extenderlo a todas las regiones y a todos los sectores del país.

Parece evidente la necesidad de modificar la estrategia de un crecimiento cuyos beneficios se han concentrado alrededor de unas cuantas zonas y que se caracteriza por enormes desigualdades en la

distribución del ingreso. Las metas que persigue la Revolución Mexicana son irrenunciables. Si nuestro régimen no actuara con mayor vigor en contra de tendencias estructurales que propician el desequilibrio y la injusticia, terminaría perdiendo su autoridad moral y su razón histórica.

A pesar de lo alcanzado en la integración física y espiritual de la República, contrasta el progreso de regiones con niveles precarios de subsistencia en que viven la mayor parte de los mexicanos. De ahí que sea imperioso descentralizar la industria, para que sus beneficios lleguen a todas partes del país y para que promueva, más activamente, la evolución del sector agropecuario.

POR UN CRECIMIENTO ARMONICO

El crecimiento desequilibrado de la industria, su deficiente integración a las actividades primarias y la hipertrofia de algunas concentraciones urbanas, frente a la enorme dispersión demográfica en el campo, constituyen obstáculos para un progreso armónico de la nación. Durante los próximos años será propósito preferente de nuestro sistema de fomento, la racional y equilibrada distribución territorial de la industria. De otro modo, facilitaríamos el camino a un pernicioso colonialismo interno, ya que las regiones menos evolucionadas prolongarían su ancestral condición de sólo proveedoras de materias primas.

El desarrollo acelerado de los últimos tiempos ha tenido como ejes primordiales grandes ciudades que, por razones históricas, disfrutaban del mayor número de servicios y disponían de infraestructura y comunicaciones satisfactorias. Estas ventajas actuaron como estímulos para una concentración cada vez mayor y dieron origen a un proceso acumulativo, cuyas consecuencias pueden ser en extremo graves, si no lo limitamos con oportunidad. No ignoro las dificultades de semejante empresa. Sin embargo, remodelar nuestro espacio económico en contra de una inercia de siglos, es tarea que justifica el esfuerzo de una generación.

El crecimiento desmesurado de la capital de la República nos ofrece el mejor testimonio de esa tradición centralizadora y el ejemplo más claro de los excesos a que puede llegar. Sede de la civilización indígena que llegó a alcanzar más amplia denominación territorial. En ella se instalaron también los poderes del virreinato. La victoria del federalismo, que confirió a cada estado igual dignidad en la democracia, no alcanzó a disolver los prejuicios de la gran ciudad.

EL ESPEJISMO METROPOLITANO

La producción de bienes y servicios del Distrito Federal representa cerca del 40 por ciento de la riqueza total que se genera en el país, a pesar de que concentra sólo el 14 por ciento de su población. La capacidad de consumo por habitante lo convierte en un centro de crecimiento económico, pero los recursos de toda índole que absorbe disminuyen correlativamente, las expectativas de progreso en otras regiones. Esta macrocefalia provoca, además, una peligrosa secuela de frustraciones entre quienes no encuentran, tras el espejismo metropolitano, sino desajuste social, desocupación y miseria.

No creo necesario insistir en las deformaciones que un cosmopolitismo incontrolado causa en la vida, relación y en el equilibrio emocional de los ciudadanos. Nos importa prever y evitar, en su origen, tensiones y conflictos artificiales, pero nos interesa, sobre todo, el crecimiento armónico del país en su conjunto. La expansión ilimitada de la gran ciudad es, por otra parte, reflejo de la insuficiencia en la oferta de empleo y en las perspectivas de realización individual que existen en muchas otras regiones. La fórmula de nuestra acción ha de tener un signo positivo: descentralizar no es otra cosa que propiciar las condiciones del desarrollo ahí donde priva el estancamiento económico y el atraso social.

La estrategia de este proceso y su eficaz realización exige una adecuada planeación a mediano y largo plazo. No debemos supeditar nuestra acción inmediata a esquemas teóricos, ni dejarnos llevar por modelos de otros países. Los técnicos más autorizados están de acuerdo en que el proceso de

regionalización tiene su principal motor en el interior de cada comunidad, en la conciencia de la actitud de sus habitantes hacia el progreso y en la existencia de recursos naturales y financieros indispensables para promoverla.

RESPONSABILIDAD Y AUDACIA

El realismo que preconizamos supone una dosis importante de responsabilidad y audacia. No se trata de promover una industrialización artificial, pero tampoco de otorgar ventajas artificiales a la industria. Las condiciones físicas y los recursos naturales se encuentran en la base de todo intento de promoción regional. Muchas zonas del país disponen de mejores condiciones para el progreso industrial que otras en que éste ha alcanzado enorme crecimiento. Bastaría fortalecer la red de infraestructura y transferir los recursos técnicos y económicos indispensables, para que pudiera iniciarse en ellas un proceso acumulativo de desarrollo.

Las exenciones fiscales que a menudo se conceden no representan un estímulo suficiente para la inversión, si no existen bases sólidas para que las empresas puedan ser productivas. Lo que importa es una acción paralela del sector público y del sector privado, para llevar fuentes de trabajo donde existan riquezas naturales y disponibilidad de recursos humanos. Importa, también, no actuar con criterios financieros conservadores que frecuentemente ponen excesiva atención en las garantías específicas, olvidando el papel que les corresponde en el fomento del progreso económico.

Debemos crear verdaderos centros de desarrollo, unidades motrices capaces de transmitir su propio ritmo de crecimiento al espacio económico que las rodea, prescindiendo de las fronteras políticas que delimitan los estados y atendiendo sobre todo a factores de continuidad geográfica y productiva. La regionalización industrial deberá orientarse con propósitos de integración económica y social. Nos interesa primordialmente que se transformen, cerca de donde se producen, nuestras materias primas, que los efectos de la tecnología repercutan sobre el medio campesino y que se incrementen las oportunidades para la población marginada dentro de un proceso económico moderno.

Concebimos la descentralización industrial como la base de una política general de desarrollo equilibrado, la que habrá de complementarse con el fomento del sector agropecuario y con una acción colonizadora que traslade nuestros recursos humanos a las regiones potencialmente más ricas. Nuestro propósito es hacer coincidir, en beneficio de los mexicanos, la fuerza de trabajo, los recursos de la naturaleza y nuestra capacidad financiera y tecnológica.

UNA TAREA PARA TODOS

La tarea que nos espera requiere la participación de todos. Vemos en los diferentes estratos que componen nuestra sociedad, factores de nuestra evolución. La movilidad social individual, propiciada por nuestro sistema de libre empresa, constituye un estímulo constante al progreso, porque favorece el espíritu de iniciativa y la voluntad de perfeccionamiento. La concentración de la riqueza y de los medios de producción, contrarían estos propósitos, por lo que importa democratizar el capital y orientarlo al servicio del desarrollo.

La movilidad social colectiva, fruto de las instituciones revolucionarias mexicanas, es el fundamento más firme de nuestro progreso, porque aumenta el bienestar de los grupos mayoritarios, protege a los trabajadores y a los campesinos, promueve la equitativa distribución del producto y mantiene el principio de igualdad de oportunidades. Si recibo la orden del pueblo para servirlo desde la Presidencia de la República, será decisión inquebrantable en la próxima administración, que el progreso económico del país se alcance sin detrimento de ninguno de los términos que definen nuestra ideología constitucional: el respeto irrestricto a la libertad humana y la búsqueda de una plena justicia social.

Todos somos solidarios en la obra de engrandecer a México. Aquellos que más poseen están

obligados a dar más, porque la propiedad tiene un sentido social en el orden revolucionario mexicano. En todas las etapas de mi campaña política, cuyo propósito fue establecer contacto directo con las necesidades populares, invité para que me acompañaran, junto a distinguidos políticos y dirigentes sindicales, a los representantes más dinámicos de la iniciativa privada y a técnicos y profesionales distinguidos. Estoy cierto de que, al vivir de cerca las desigualdades y al contemplar panoramas indiscutibles de pobreza, han comprendido más ampliamente la responsabilidad que tienen como inversionistas, como empresarios, como intelectuales y como mexicanos.

Agradezco a todos ellos la decisión que han mostrado por participar activamente en las tareas de promoción que habremos de emprender durante los próximos años. Felicito, a los aquí presentes, por el alto nivel de comprensión que ha presidido los debates y por las valiosas sugerencias que me han proporcionado. Les reitero mis propósitos de acrecentar la unidad nacional, como método de acción conjunta, para afianzar nuestra independencia, ampliar las libertades públicas e instalar la democracia económica.